

Cada ser humano necesita saberse competente. En las conferencias los adultos guardan posturas respetuosas, mientras en su interior se admiran con lo que oyen o lo descalifican. Muchas veces pensamos que no hay nada nuevo en lo que oímos. En fin... Solo el que sabe, sabe qué sabe y solo el que sabe, sabe qué no sabe.

La competencia en una disciplina supone la capacidad de aprender permanentemente, sin importar de dónde venga o de quién provenga el conocimiento.

Los profesionales tenemos una inmensa responsabilidad para con los que ayudamos, ya que ellos tienen que confiar en nosotros, pues si supieran lo que nos atribuyen, no recurrirían a nosotros.

Desafortunadamente son miles los casos en los cuales los profesionales nos equivocamos, provocando que nuestros clientes sufran las consecuencias de nuestros errores. En un número apreciable de casos ni siquiera se recibe un reclamo. En unos pocos, las cosas llegan hasta litigios en los que se busca que indemnizamos.

Una de las características de los sabios es su humildad. Siempre están dispuestos a oír y aprender, en lugar de darle la espalda a las cosas que suponemos ya dominamos.

Me ha impactado mucho la reseña del libro [176 errores en valoraciones de empresas](#) (Revista Contable, Nº 57, Sección Estados Financieros, Julio 2017, Editorial Wolters Kluwer). Pablo Fernández presenta en forma sistemática sus observaciones sobre

múltiples conceptos en los cuales ha encontrado errores. "(...) Los errores se clasifican en 7 categorías: 1) Errores acerca de la tasa de descuento y del riesgo de la empresa; 2) Errores al calcular o prever los flujos esperados; 3) Errores al calcular el valor terminal; 4) Inconsistencias y errores conceptuales; 5) Errores al interpretar la valoración; 6) Errores al interpretar la contabilidad; y 7) Errores de organización. (...)".

Muchos profesionales tienen la ventaja – desventaja de no tener servicios recurrentes en favor de una misma persona. Por eso si obramos mal no pasa nada en muchos casos. Otros profesionales sabemos que si nos equivocamos seguramente perderemos el cliente. Como nadie está exento de error, es necesario actuar debidamente, es decir, mantenernos permanentemente estudiando, repensando lo que hemos aprendido, optando por las verdades que responden a la ciencia. Se necesita, además, obrar con integridad y transparencia, sin dejarnos confundir por las compensaciones que podríamos recibir.

Otra característica de los sabios es que gozan transmitiendo lo que saben. Conviene vivir en comunidades en las que existan personas más capaces que uno, de manera que cuando uno plantea sus puntos de vista, los apoyen o contradigan. Este compartir salva al profesional en muchas ocasiones. Los centros y grupos de estudio son muy valiosos porque son formas de aprender a aprender compartiendo.

*Hernando Bermúdez Gómez*